

LA INFLUENCIA DE "DON JUAN" SOBRE "MEFISTÓFELES"

P o r O S V A L D O O R I C O

ESTABLECER un paralelismo es cosa siempre seductora, pero muchas veces peligrosa. Aunque se sumen partes iguales. O aunque se cotejen cantidades diferentes.

Cuando intentamos confrontar el *Don Juan*, de Tirso de Molina, y el *Mefistófeles*, del poema de Goethe, el asunto provocó poco común interés en todos los círculos intelectuales a donde fué llevado. En la Academia Brasileira, en la Academia das Ciências, de Lisboa; en la Real Academia Española, en la Academia de la Latinidad, de Roma; en la Universidad de Francfort, se agitó el hecho como un acto de investigación literaria capaz de mover y dividir las opiniones.

También en los círculos diplomáticos el ensayo antes citado engendró pareceres discordantes. Rubens de Melo, que a pesar de haber cambiado por las credenciales de Embajador sus títulos literarios puede ser considerado, en este y aquel campo, como uno de los más altos espíritus de nuestro tiempo, vió, en la aproximación de ambos personajes, la traducción de un secreto goethiano, un descubrimiento literario en un dominio donde parecía no haber nada más que revelar.

A su vez, el embajador Magalhães de Azeredo, que envejeció físicamente en la tarea de leer e interpretar las obras maestras, pero que se rejuvenece cada día en las cartas que escribe y en los ensayos que edita, opone al paralelismo la nota viva de su observación, negando la semejanza entre el *Burlador de Sevilla* y el *Tentador de Fausto*.

Veamos cómo se expresa a este respecto el maestro de «O Eterno e o Efémero», en una de las memorables páginas de su correspondencia: «Se trata de un admirable ensayo de interpretación erudita de los dos tipos inmortales —el español y el alemán— cuyos enredos acompaña el lector con la más viva curiosidad. Sin embargo, solicito su venia para decirle que he de divergir de la identificación o de la asimilación que propone entre *Don Juan* y *Mefistófeles*. Me parece que no ha habido fusión en el pensamiento de Goethe, y creo, incluso, que ni siquiera es realizable. *Don Juan* profesa y practica una noción muy discutible del amor, pero, en suma, existe en él un mínimo de amor (hablo del *Don Juan* creado por Tirso de Molina; entre los innumerables predecesores y sucesores del *Burlador de Sevilla*, tales como fueron o son en la vida cotidiana muchísimos capaces de amar, aunque sin fidelidad, han existido ciertamente). En *Mefistófeles*, por el contrario, no hay un resquicio, una gota de amor. Su alma infernal es tan árida como cínica. El traje español con que Goethe lo vistió, no tiene para mí la importancia que usted le atribuye; a mi modo de ver, el poeta escogió, simplemente, el traje que mejor se adaptaba al sofista irónico y elegante, que era, en su imaginación, *Mefistófeles*. Recuerde la frase de Santa Teresa: «Si Satanás pudiera amar, dejaría de ser malo.» Así, creo que *Mefistófeles* no es propiamente Satanás (o, por otro nombre, Lucifer); no es el demonio por excelencia, pero un demonio de segundo orden. La Biblia habla de muchos ángeles rebeldes, superiores unos, otros inferiores. *Mefistófeles* es uno de estos últimos y, por ello, sus dones mágicos son limitados. Goethe, aunque pagano de temperamento y de ideas, había nacido cristiano, conocía el dogma y, en su gran poema dramático, se ciñe a las normas de la ortodoxia li-

teraria y hasta de la católica (es la Virgen María quien salva a Margarita y, más tarde, al mismo *Fausto*). *Mefistófeles* es el tentador de *Fausto*, como podría haber sido, él u otro del mismo jaez, el tentador de *Don Juan*. No puede, por lo tanto (en mi humilde opinión) ser una nueva encarnación de éste.»

Abriendo horizontes a la discordancia del eminente académico brasileño, nuestro fin no es aceptarla, sino discutirla. Y probar, finalmente, que, en la discusión, las razones expuestas por mi contradictor, lejos de destruir, benefician mi tesis. ¿Qué mantiene el embajador Azeredo? Esto: la aridez del alma de *Mefistófeles*, donde «no hay un resquicio, una gota de amor». ¿Cuál fué la intención de Tirso de Molina al escribir *El Burlador de Sevilla*? Denunciar un tipo que hacía del engaño arma de sus conquistas.

Si en la figura del demonio no se encuentra la imagen del amor, no deja de existir la de la astucia. No puede amar, pero puede favorecer a otros para que amen. Sirve de intermediario en las pasiones humanas, precisamente para perder a los individuos.

En el caso particular de *Mefistófeles*, su misión es encender o estimular el apetito carnal de *Fausto*, enseñándole los trucos que éste desconoce. Por otra parte, entregándose a él, el mago imaginaba facilidades y concesiones que, para el mal, siempre los demonios tuvieron el poder de conocer.

Es difícil apuntar en qué jerarquía, en la escala de los poderes sobrenaturales, puede ser clasificado el Satanás del poema de Goethe; pero es posible admitir en ese satanás el genio del mal, corriente en todas las cosmogonías, con las pequeñas variantes que lo concibió el poeta.

Nuestro objetivo no se dirigía a probar que el *Mefistófeles* de Goethe fuese el *Don Juan* de Tirso de Molina; queríamos, sencillamente, poner en evidencia la influencia de éste sobre aquél.

¿Cuál era el papel de *Don Juan* en la sociedad de su tiempo? Engañar a las muchachas incautas que estuviesen al alcance de sus brazos. ¿Cuál la función de *Mefistófeles*? Favorecer los amores pecaminosos, arrastrando al mal a las inocentes. En la ejecución de sus propósitos, ambos se nivelan e identifican: uno, cazando

sus conquistas para abandonarlas; el otro, utilizando sus ardides para las conquistas ajenas.

En ambos casos, la negación del amor se manifiesta o por la abundancia o por la aridez.

El «travesti» de *Mefistófeles*, que pareció al embajador Azeredo desempeñando un papel secundario en los acontecimientos, asume una importancia primordial en el caso, porque revela la influencia que habría ejercido sobre el espíritu de Goethe la aparición del héroe de Tirso de Molina, en los teatros volantes de Francfort.

Mefistófeles nada tiene de común con los ángeles negros de la Biblia. Es un tipo casi *callejero*, más lleno de astucias que de rebeldías. Su tarea no consiste en seducir a las criaturas; las ayuda a seducir para sacar de ahí todo el provecho posible. Es un diablo sin metafísica, desprovisto de fuerza sobrenatural. Un diablo que habría aprendido más con los hombres que con sus semejantes, los secretos del arte de engañar.

Si *Fausto* lo vistió *a la española*, alguna razón habría para haberlo hecho. Esa razón es, justamente, la popularidad del libertino andaluz, popularidad multiplicada por los actores ambulantes en las ferias de Francfort, donde, posiblemente, su imaginación desencantó el tipo que debía hacer perdurar al héroe de su poema.

¿Por qué —preguntaremos a nuestro contradictor— arrancaría Goethe la indumentaria clásica de Satanás para presentar a *Mefistófeles* embozado en la capa española, con el bicornio de plumas, el bigote audaz y los demás detalles que modelaron la estampa típica de *Don Juan*? ¿Por qué —insistiremos en la pregunta— sólo cuando va a firmar el pacto que concede a *Fausto* los privilegios físicos para gozar las delicias terrenas, es cuando *Mefistófeles* aparece modelado por el figurín del *Burlador de Sevilla*?

La respuesta es evidente: porque Goethe necesitaba, para jugar con los caprichos de *Fausto*, una figura que lo convenciese, por la práctica y por las artimañas de que le sería posible usufructuar los placeres materiales de la vida, y que ese goce le traería la felicidad terrena, en la cual él ya no creía.

¿Dónde encontrar semejante personaje? ¿En el diablo popular de la Edad Media, sofista, maligno, repleto aun de los poderes sobrenaturales inherentes a los ángeles rebeldes? ¿O en las expansiones de aquella figura que el poeta sorprendería en los tingladillos de las imitaciones italianas y alemanas, pregonando la fama y las aventuras del héroe de Tirso de Molina?

Tan notoria es la influencia del *Burlador de Sevilla* sobre el demonio del poema de Goethe que todos los poetas que, más tarde, en nuestro tiempo, captaron el asunto como tema, en vez de poner en juego a *Mefistófeles* y *Fausto*, prefirieron el tipo que les pareció más lógico y natural. De ahí la coincidencia y el diálogo entre *Fausto* y *Don Juan* en los poemas de Francisco Patti y Menotti del Picchia, los dos artistas que mayor éxito alcanzaron en el desdoblamiento e interpretación de las dos almas antagónicas, cada una de ellas luchando íntimamente por defender su ceguera, o su filosofía, en el drama del mundo.

En resumen: si consideramos que, por desear demasiado amor, *Don Juan* no ama a nadie; y que, no obstante su incapacidad para el amor, *Mefistófeles* facilita las conquistas amorosas de los demás, llegamos a esta igualdad en el fondo y en la forma:

Mefistófeles = a *Don Juan* •

Siendo así, desaparece la aparente discordancia entre nuestra tesis y la de nuestro preclaro oponente, por esta razón; demostrando que, en el amor, la abundancia de conquistas es tan precaria como la escasez, ninguna gota de sentimiento existe, verdaderamente, en el corazón de cualquiera de los dos: abuse él del amor, como *Don Juan*; o sea la negación del amor, como *Mefistófeles*.